

La influencia de la cultura política sobre las falsas percepciones culturales cruzadas y la política exterior. Estados Unidos y Alemania¹ *Stephen Kalberg*²

RESUMEN

A partir del estudio de caso que representa el desacuerdo entre Alemania y Estados Unidos con respecto a la guerra en Irak se busca demostrar que las variables de la cultura política deben reconocerse en las investigaciones sobre los conflictos entre aliados. En un primer plano se requiere de una consideración de la historia y de la cultura en los análisis de los conflictos internacionales y, en uno segundo, se concluye que la significativa heterogeneidad de las culturas políticas de Alemania y Estados Unidos hace imposible, debido a su profundo arraigo en sus respectivas historias, una muerte gradual de las diferencias sustantivas entre ambos países –incluso con la creciente “norteamericanización” de Alemania– y predice la probabilidad de conflictos periódicos en el futuro.

PALABRAS CLAVE: cultura política, aproximación de Max Weber a la cultura política, conflictos internacionales, cultura política alemana contemporánea, cultura política norteamericana contemporánea.

ABSTRACT

Starting from the disagreement between Germany and the United States over the war in Iraq as a case study, this article seeks to demonstrate that political culture variables must be acknowledge in investigations that focus upon recurring conflicts among allies. On one level this calls for a re-incorporation of history and culture into analyses of international conflict. On another, it concludes that significant heterogeneity in the political cultures of Germany and the United States, because deeply rooted in their respective histories, precludes a gradual dying out of substantive differences –even with a further “Americanization” of Germany– and foretells the likelihood of periodic conflicts in the future.

KEY WORDS: political culture, Max Weber’s approach to political culture, international conflicts, contemporary German political culture, contemporary American political culture

¹ Tomado de *German Politics and Society*, núm. 68, vol. 21, núm. 3, otoño de 2003. Traducción de José Hernández Prado, consultada con el autor. Aunque no es usual en la sección, en esta ocasión publicamos el resumen del artículo para respetar al máximo la versión original.

² Departamento de Sociología, Universidad de Boston. Correo electrónico: kalberg@bu.edu

En primer lugar, se aíslan las culturas políticas de Alemania y Estados Unidos a través de un breve análisis histórico sobre la manera en que dos aspectos definitorios tomaron sus contornos únicos en cada sociedad, a saber, la visión predominante del Estado y el lugar de la acción “ético-política”.³ Después se revisarán los modos en que aspectos particulares de la cultura política de cada nación fluyen de estos dos ejes, así como también sus fortalezas originarias, debilidades y dilemas, con la finalidad de lograr demarcar igualmente sus contornos.⁴ Se sostiene así una serie de predecibles –y reiteradas– falsas percepciones (*misperceptions*) y malentendidos sobre Estados Unidos entre los alemanes y con respecto a Alemania entre los norteamericanos, originados por la divergencia entre aquellos ejes. Más aún, regularmente y de un modo estructurado algunas de esas falsas percepciones influyen en la política exterior de cada nación, ciertamente hasta el punto de intensificar y estructurar los asistemáticos –e inclusive azarosos– conflictos internacionales que surgen de la fluctuante dinámica geopolítica, las consideraciones de política interior y los intereses económicos.

La sección final enfoca la manera en que lo anterior ocurre. Se revisa lo severo de la confrontación entre Alemania y Estados Unidos por la guerra en Irak, a manera de ejemplo de un caso en que la disputa normal entre aliados, arraigada en la dinámica geopolítica, las preocupaciones políticas internas y los intereses económicos, se vuelve más intensa y estructurada debido a la influencia de las diferencias en cuanto a cultura política, que darían lugar a una serie de reiteradas percepciones falsas. La explicación adecuada de la disputa sobre Irak debe incluir, según este estudio, el reconocimiento de esas falsas percepciones implicadas en las culturas políticas, no obstante lo difusas que a menudo éstas puedan ser.⁵

³ El adjetivo “político” es usado aquí en su sentido más amplio, como se hará evidente en el curso de este análisis.

⁴ La comparación cultural cruzada (*cross-cultural*) es siempre un ejercicio delicado y tendente a los juicios de valor. Este estudio busca evitar tanto el elogio como la condena de cada política cultural. Además, debe enfatizarse desde el principio que en la perspectiva comparativa la validez sólo es asequible con respecto a las descripciones y los tipos ideales aquí ofrecidos. La formulación de comparaciones válidas es el objetivo primario y no el análisis de los componentes particulares de cada cultura política. Por lo tanto, este estudio permanece a un nivel de generalidad más alto del que sería aceptable en un estudio de caso, diseñado para investigar aspectos delimitados de las culturas políticas alemana o norteamericana. Tales estudios de caso seguramente evitarían un número de afirmaciones que, otra vez, son defendibles como precisas sólo desde la perspectiva comparativa.

⁵ De aquí que este estudio constituya una secuela de varios trabajos anteriores sobre las diferencias y tensiones germano-americanas (Kalberg, 1987a, 1987b, 1991, 2001a y 2005).

**PROFUNDAS FUERZAS HISTÓRICO-CULTURALES
Y DE LARGO ALCANCE**

DIFERENTES VISIONES DEL ESTADO

El Estado se definió desde el principio de una manera singular en Estados Unidos. La *raison d'être* de la nueva nación puso a la Constitución, la *Bill of Rights* y las libertades políticas en su corazón mismo. Los Padres Fundadores insistieron en que debía impedirse que el Estado interfiriese con los derechos individuales y los desarrollos sociales; en lugar de ello, debía asegurar su desenvolvimiento sin trabas al proteger la discusión libre y el intercambio abierto de opiniones. Los primeros norteamericanos estaban convencidos de que la justa y buena sociedad evolucionaría si el gobierno evitaba cualquier intento de guiar las vidas de los ciudadanos y dirigir el cambio económico y social. Se esparció por doquier un *ethos* de dependencia de sí mismo (*self-reliance*) y una firme creencia en la capacidad individual para superar las circunstancias difíciles, especialmente con la conquista del Oeste americano y la fuerte acogida al liberalismo clásico, el darwinismo social y los sueños de Horatio Alger (Kalberg, 1991: 39-42). Inclusive el rápido crecimiento del capitalismo en la segunda mitad del siglo XIX y la masiva dislocación social que le siguió no persuadirían a los estadounidenses de abandonar la constelación “Estado pequeño”-dependencia de uno mismo. La independencia del “hombre común”, tanto como su buen juicio y su actitud optimista de que “se puede” [hacer lo que sea] fueron colocados en un pedestal.

Esta definición del Estado contrasta agudamente con la visión alemana. El capitalismo, la urbanización y la secularización rompieron en pedazos la vieja *Gemeinschaft* y causaron, en opinión de los alemanes, un desorden político y social sin paralelo. Por ser la única institución con suficiente autoridad para asegurar la unidad social, el Estado fue visto como alguien obligado a jugar un papel activo. En la segunda mitad del siglo XIX se considerarían apropiadas y necesarias, a todo lo largo del espectro político, una variedad de medidas de “protección y cuidado” (*Daseinsvorsorgestaat*) para asistir a la población entonces percibida en desventaja –dadas las violentas transformaciones del capitalismo–, tanto como potencialmente disruptiva: seguros de desempleo, accidentes y salud; pensiones de retiro; redistribución de la riqueza a través de los impuestos y diversos

beneficios de bienestar social. El Estado debía ser la fuerza conductora detrás de un *ethos* de “responsabilidad social” (*soziale Verantwortung*) y “justicia social” (*soziale Gerechtigkeit*), y tenía que jugar un papel directo en el manejo de la economía para promover un mercado construido por la comunidad (*soziale Marktwirtschaft*), aparte de enfrentar eficazmente la desestabilización generalizada (Kalberg, 1987a).

Estas diferencias típico-ideales con respecto a las visiones del Estado necesitan matizarse como legados que arrojan largas sombras a través de décadas de cambio social, así como examinarse también con referencia a la política práctica de cada nación hoy. Por ejemplo, las libertades personales y la libre expresión política son percibidas con frecuencia en la República Federal de Alemania como menos centrales —en comparación con Estados Unidos— que la movilización de la autoridad del Estado para conseguir la justicia social, una solidaridad social fundamental, un moderado nivel de vida para todos y una equitativa distribución de la riqueza. Mientras que el debate político en la República Federal se enfoca más a menudo a los programas para mejorar el supuestamente injusto funcionamiento del mercado capitalista, la discusión norteamericana se dirige, con mayor frecuencia, hacia la autoridad del Estado, referida a sus efectos sobre las libertades personales y la presumible dependencia individual en uno mismo. En efecto, esta noción de dependencia de sí mismo (*self-reliance*) y su habilidad para superar los retos del capitalismo moderno han restringido en Estados Unidos el desarrollo de un Estado provisto con un *ethos* de responsabilidad y justicia sociales.

EL LUGAR DE LA ACCIÓN ÉTICO-POLÍTICA: DOS MODALIDADES DE LA SOLIDARIDAD SOCIAL⁶

Incluso hoy en el núcleo de la vida política norteamericana permanecen los legados de las iglesias y sectas protestantes ascéticas: bautistas, presbiterianos, metodistas, mennonitas y cuáqueros. En estas organizaciones los devotos sentían una profunda obligación de mante-

⁶ El análisis de esta sección, como el de la última, ofrece sólo una visión general abreviada. Está particularmente en deuda con algunos estudios de Max Weber (1985, 2002a, 2002b). Véase también S. Kalberg, 1997 (existe versión en español de este artículo en 2004), 2001b (especialmente las páginas 310 a 314) y 2002.

nerse estrictamente fieles a los mandamientos de Dios en todos los asuntos de la vida diaria, porque se veían comprometidos a sí mismos con una noble misión: la creación en la tierra del reino celestial de Dios para su más grande gloria. Más aún, porque toda esperanza en un favorable “estatus salvífico” (*salvation status*) era ahora ubicada, exclusivamente, en las manos de creyentes que estaban solos, se requería en ellos de una gran confianza en sí mismos. Ya no era asequible la asistencia de ministros (*priests*) como intermediarios entre Dios y los fieles. Dado que la confesión había sido abolida y el comportamiento de los creyentes estaba estricta y comprensivamente monitoreado por todos los miembros de la iglesia y la secta, cualquier pequeño error ético tenía que ser evitado (Weber, 2002a: 59-60; 2002b: 145-147, y 1985: 10).

De ahí que poderosos incentivos viniesen asociados a la acción ética (o por lo menos a su apariencia). Adicionalmente a la dependencia de sí mismo, un universalismo inequívoco y una equidad (*fairness*) en el trato con los otros –pues *todos* somos hijos de Dios, vinculados por nuestra alma a Él y en consecuencia hemos de ser tratados con respeto y franqueza–, también hicieron una marca reconocible de la religiosidad sincera. La secta protestante en particular, de acuerdo con Weber, manifiesta una gran capacidad para transmitir valores éticos a sus miembros y al hacerlo genera ciertas formas de conducta. Su control sobre la admisión a la comunión por medio de una selección de miembros lo logra, como también su carácter de comunidad autogestionaria; el ejercicio de la disciplina, ahora en manos de los laicos, se hace menos centralizado y autoritario, aunque más completo y abarcador. Dada esta capacidad, la secta rivaliza con la orden monástica, aduce Weber (2002b: 141-145).

Sin embargo, las sectas intervienen sobre los valores y las “cualidades selectas” de una manera más intensa. Una singular dinámica social caracteriza a la secta como consecuencia, por un lado, de su capacidad comprensiva para supervisar el comportamiento de sus miembros y luego amonestarlos y disciplinarlos y, por el otro, del significado religioso de todo comportamiento: la propia capacidad para actuar de una manera “respetable y digna” ofrece en sí misma evidencia de una energía divina interior –ya que Dios está presente sólo entre los salvados. Por lo tanto, dado que a la conducta se la supervisa tanto externa como internamente, el devoto tiene que actuar continuamente de manera correcta, pues cada mal paso, que segu-

ramente será exhibido, se entenderá como “caer de la gracia” más que como un fortuito y perdonable pequeño error. Y dada la naturaleza de la secta como una organización exclusiva de creyentes “puros”, enfatiza Weber, toda exhibición de “carácter malo” llevará inmediatamente al rechazo social. Así deviene absoluta la necesidad en la secta, bajo los ojos vigilantes de las partes, de “sostenerse uno mismo” (*holding one's own*) –esto es, de dar testimonio constantemente, a través de la conducta, de que uno forma parte de los sinceros y devotos elegidos; cualquier error insignificante implica el colapso de la existencia social completa (Weber, 2002b: 146, y 1968: 1206). En contraste con la disciplina autoritaria de las iglesias, Weber apreciaba esta manera de modelar la conducta ética como “no obstructora” (*unobstrusive*) –aunque al final de cuentas más abarcante e intensa: “De acuerdo con la experiencia, no hay medios más fuertes para formar rasgos que a través de la necesidad de sostenerse uno mismo en el círculo de los asociados” (Weber, 2002b: 146, y 1968: 1206).

Con el protestantismo ascético como su vehículo, un grupo de valores éticos penetraría en y transformaría las relaciones instrumentales y calculadoras típicas de la actividad política y económica. La creencia religiosa de o en “este mundo” (*this-worldly*)⁷ se infunde de un poder cívico y hasta de una orientación de negocios. Los valores que cultivan o integran la solidaridad –el universalismo, la equidad, la confiabilidad– se convierten en los estándares del comportamiento ético comunitario en las regiones donde tales iglesias y sectas se hicieron dominantes (Weber, 2002b, 1985 y 1968: 1205-1206).

Aquellos estándares se harían considerablemente más débiles cuando el industrialismo y las ciudades se desarrollaron y el protestantismo ascético perdió lentamente su ascendiente sobre los norteamericanos. Sin embargo, en aquellas regiones donde las iglesias y sectas habían sido influyentes tales valores integradores se mantuvieron viables, aunque transmitidos y cultivados subsecuentemente por familias, vecindarios y asociaciones cívicas. Así, bajo la forma de ideales seculares de justicia universal, juego limpio (*fair play*), confianza social e igualdad de oportunidades, los valores solidarios se mantuvieron y convirtieron en “ideales públicos” y en “ética cívica”.

⁷ Weber emplea este término para indicar una creencia religiosa que toma al mundo como un todo (más que como un claustro) y como la arena en la que se demuestra la devoción sincera a través de la actividad cotidiana.

En otras palabras, y a pesar de su abuso empírico y violación habitual, devinieron en varas de medición conductuales (*behavioral yardsticks*) que vigorizaban perpetuamente las esperanzas de la acción ética en las relaciones económicas y políticas, confirmando, por tanto, poder a los ciudadanos –ocasional y a veces decisivamente– para actuar en favor de su consecución.⁸ Estos valores cívicos integradores son visibles incluso ahora, aunque en manifestaciones mucho menos intensas.⁹

La clara prominencia de los ideales cívicos ha implicado una consecuencia específica: ayudada por el énfasis de la cultura política norteamericana en las libertades personales y la tareas acotadas del gobierno, la acción ética adquiriría una ubicación inusual más allá de su lugar tradicional en la esfera de las relaciones privadas, aunque completamente disociada de las autoridades políticas laicas y el Estado (Weber, 1985: 10-11). En otros términos, la acción ética se difundió por las arenas políticas y económicas de la sociedad estadounidense, a través de innumerables asociaciones cívicas –con incalculables consecuencias para la cultura política norteamericana. Continuamente, y en ocasiones de una forma muy extendida, los ideales ético-políticos representaron retos para las motivaciones utilitarias e interesadas, comunes a los dominios político y económico. A veces, los valores cívicos permearon y modificaron esos ideales, estableciendo, por lo tanto, una versión específicamente norteamericana de la solidaridad social. El Estado y sus leyes constituyeron disjuntos mecanismos secundarios y terciarios de integración social.

La actividad ético-política se posicionó de un modo diferente en Alemania. Por un lado, el luteranismo y el catolicismo carecieron del ascetismo (Weber, 2002a: 44-46 y 58, y Mommsen, 1974, especialmente 81-84) que inbuyó a los individuos con un *ethos* de extrema dependencia de sí mismos y, por el otro, los valores del universalismo, la equidad y la confianza social –gracias a la orientación hacia “este mundo” del propio ascetismo– entraron vigorosa e intensamente

⁸ Para Weber, el hecho de que aquellos ideales no siempre fueron sostenidos –y, en verdad, sólo raramente ocurrió así– es algo evidente de suyo. Sin embargo, él estaba convencido de que, bajo ciertas circunstancias facilitadoras, pueden guiar, y de hecho guían, la acción. De aquí que no debieran ser eliminados del capital conceptual de la sociología (Weber, 1946a: 323-359, especialmente 324, y 1946b: 267-301, particularmente 280).

⁹ Su fortalecimiento, tanto como “ética de negocios” como de “responsabilidad cívica”, es central para las prioridades comunitarias (Etzioni, 1997 y 1998; Putnam, 2000, y Selznick, 1992). Para un comentario al respecto, véase John A. Hall y Charles Lindholm, 1999.

en la rutina habitual del creyente y confrontaron a las abundantes relaciones instrumentales de las esferas política y económica. Más aún, con la urbanización, la secularización y el desenvolvimiento del capitalismo moderno en el siglo XIX, tanto las convenciones y costumbres, como los rituales casi feudales, particularistas y jerárquicos penetraron esas esferas; sin embargo, las orientaciones de la acción hacia esos factores no restringieron adecuadamente las relaciones basadas en el interés y en el cálculo, generalizadas con el desarrollo del capitalismo moderno. De aquí que si esta delimitación habría de ocurrir de una manera efectiva, especialmente a la luz de una secularización en gran escala,¹⁰ se creía que debían mobilizarse todos los recursos de un Estado fuerte. En concordancia con ello, el Estado y sus leyes fueron entendidos como los principales vehículos de la confianza social, el juego limpio y la “ética cívica” en lugar de las iglesias, las sectas y las asociaciones cívicas, como en Estados Unidos. Las obligaciones éticas del Estado alemán implicaban la construcción e instrumentación de un código legal abarcante; la garantía de la igualdad formal ante la ley; la administración y restricción de la economía capitalista; y la organización de una estructura de equidad y bienestar social, así como otras medidas de solidaridad en general.¹¹

Así, en mucho mayor medida de lo que ocurriría en Estados Unidos, en Alemania la integradora acción ético-política tomó al Estado como su principal punto de referencia. Dos importantes consecuencias siguieron a esta cristalización de la acción ético-política alrededor del Estado, ambas caracterizadoras de los casos alemán y norteamericano: que aquella acción se hizo más concentrada (*focused*) en Alemania y que la legitimidad del ámbito político se dio más cercanamente atada al éxito del Estado para combatir el desorden social y las inequidades introducidas por el capitalismo, el secularismo y la urbanización. Mientras que un amplio espectro de asociaciones cívicas que articulaban los ideales éticos en tensión, con relaciones instrumentalmente divisorias y puramente utilitarias, constituía una difusa y extensa “arena política” en el caso norteamericano, el Estado y, al

¹⁰ En el siglo XIX había una mucho más grande secularización en Europa que en Estados Unidos, como todavía es el caso.

¹¹ En este sentido, las leyes y estatutos del Estado alemán deben ser entendidos como vehículos de los ideales de universalismo e inclusión del romanticismo alemán. Como se hará notar, el que aquellos ideales se hayan ubicado socialmente en el Estado y no en las sectas e iglesias tuvo efectos de largo alcance sobre la formación de la cultura política en Alemania.

final de cuentas, los partidos políticos, constituyeron ese dominio en Alemania.

Aquí se ha develado una heterogeneidad histórica, profundamente cultural y de largo alcance, en las culturas políticas alemana y estadounidense, a través del examen de las visiones del Estado, por una parte, y la ubicación de la acción ético-política, por la otra. Una investigación, construida en torno a esta discusión, sobre las variables de debilidades, fortalezas y dilemas característicos de las culturas políticas actuales de Estados Unidos y Alemania demarcará, adicionalmente, los límites únicos y el contenido de cada cultura política. Posibilitará también, en secciones subsecuentes, la identificación de un cierto número de falsas percepciones y malentendidos estructurados. Finalmente, conducirá a una declaración acerca de si los conflictos de política exterior están causados, en parte, por una divergencia político-cultural.

LAS CULTURAS POLÍTICAS HOY

EL CASO NORTEAMERICANO: DEBILIDADES, FORTALEZAS Y DILEMAS

Debilidades, fortalezas y dilemas distintivos caracterizan hoy a la cultura política de Estados Unidos. Debido a que la acción ético-política permeó a la sociedad norteamericana en la forma de una sostenida tensión entre los ideales integradores cívicos y éticos, por un lado, y los cálculos instrumentales propios de las relaciones políticas y económicas, por el otro —y en consecuencia, nunca se enlazó estrechamente al Estado y a su desempeño—, ni un Estado de bienestar abarcante ni una verdadera economía mixta pudieron adquirir allí una clara legitimidad. La incapacidad de la constelación Estado débil-dependencia de sí mismo para proteger a los ciudadanos en contra de las múltiples disrupciones inherentes a la urbanización y la industrialización posibilitaría que los problemas sociales se desarrollaran hasta un nivel de severidad inimaginable en casi todas las otras naciones industriales. Crímenes violentos, pobreza e indigencia (*homelessness*) generalizadas y profundas desigualdades de riqueza e ingreso amenazaron periódicamente al tejido social.

Sin embargo, la cultura política norteamericana también ha mostrado algunas fortalezas. Su singular configuración —que incluye

un énfasis extremo en los derechos individuales, la dependencia en sí mismo¹² y un Estado limitado entrelazado con una acción ético-política anclada en una variedad de asociaciones cívicas y orientada hacia ideales públicos de justicia universal, juego limpio, igualdad de oportunidades y confianza social— estimula a los ciudadanos y sostiene unos vigorosos y omnipresentes activismo y voluntariado. Una recurrente capacidad para identificar y actuar sobre las inconsistencias entre la realidad empírica “injusta” y los ideales públicos, a través de múltiples asociaciones cívicas, configura la solidaridad distintiva de esta cultura política, más que una orientación predominante hacia los partidos o el Estado.¹³ La discrepancia, por ejemplo, entre los ideales de igualdad universal y una común experiencia de la desigualdad y la discriminación ha procurado repetidamente, en sí misma, un impulso a las causas reformistas, tales como el abolicionismo, el sufragio, los derechos civiles y los movimientos sociales de las mujeres y los homosexuales, entre otras.

No obstante, este componente central de la cultura política estadounidense —su amplio activismo basado en asociaciones cívicas y su reiterada capacidad para rejuvenecer la acción ético-política¹⁴ y, por lo tanto, para inocularse a sí misma contra un abarcante retiro ciudadano del reino de lo cívico— contiene en su núcleo un elemento potencialmente peligroso que claramente falta en la cultura política de Alemania. El amplio alcance y la, en ocasiones, poderosa influencia e incluso obligatorio carácter de los ideales públicos implican la posibilidad de que la actividad orientada a su consecución pueda proyectarse rápidamente hacia alguna campaña de purificación moral. Ciertamente, debido a la perdurabilidad de los legados secularizados del protestantismo ascético, todos los cuales tienden a orientar la acción hacia la creación de la república moral (*the moral Com-*

¹² Para un análisis de los orígenes puritanos del individualismo norteamericano y su cultivo por medio de una variedad de subsecuentes desarrollos en los siglos XVIII y XIX, véase Kalberg, 1991: 39-42, así como 1993, especialmente 104-107.

¹³ Este factor debiera destacarse más frecuentemente en las explicaciones de las tradicionalmente bajas tasas de participación electoral en Estados Unidos.

¹⁴ Desde luego, la vivaz capacidad de los norteamericanos para formar asociaciones cívicas ha sido comentada desde tiempos de Tocqueville (1945: 114-127). Sin embargo, y asombrosamente, el análisis de Tocqueville carece de un reconocimiento del carácter ético-político de tales agrupaciones. En lugar de eso, él las vio como grupos de interés (1945: 123-127). Su análisis de los orígenes de dichas asociaciones, que omite toda referencia a los legados valorativos de las sectas protestantes, destaca el papel de los intereses comerciales y del igualitarismo social (Kalberg, 1997).

monwealth), este potencial se hace manifiesto a intervalos regulares. Una influyente fuente adicional de tal rasgo del paisaje norteamericano debiera ser resaltada: la inusual capacidad de esta cultura política para poner una serie de ideales públicos sobre su pedestal y para darles poder a los individuos dependientes de sí mismos con una gran seguridad, e inclusive fanatismo, a fin de cumplir con las expectativas levantadas, las cuales derivan también del hecho de que faltan otras bases estables para la solidaridad social (como la etnicidad, la religión o la historia comunes) (Lipset, 1963). En directo contraste con lo que sucede en Alemania, la cultura política norteamericana reniega de todos los esfuerzos consistentes para dotar al Estado de una significativa capacidad integradora, lo que acentúa todavía más este peligro.

En ello reside el dilema central de la configuración norteamericana, tanto como su peculiaridad. Las solas campañas morales sostenidas rejuvenecen en su núcleo la actividad ético-política y prueban así ser indispensables para la solidaridad integradora que restringe los divisorios, autointeresados e instrumentales cálculos para obtener ventajas —no constreñidos en Estados Unidos por los partidos cohesionantes o por un Estado de bienestar abarcante, con sus múltiples leyes— de los individuos autodependientes en las esferas política y económica. Sin embargo, tales cruzadas inyectan un elemento de intolerancia y pueden plantear una amenaza directa a las libertades personales, las cuales han sido especialmente apreciadas en Estados Unidos por más de 200 años.¹⁵ Presentes con gran regularidad, las campañas morales asumen normalmente formas relativamente inocuas (por ejemplo, por los derechos humanos, contra la desigualdad, la discriminación, el crimen, el alcohol, las drogas, la corrupción, el tabaco, la pornografía, la prostitución, el gobierno grande, etc.), aunque pueden convertirse en misiones más virulentas “contra el mal” (como sucedió con el macartismo). Estas cruzadas pueden, inclusive, asumir a veces todo lo concerniente a los ideales y valores de Estados Unidos con respecto a otras culturas (como en la Guerra de Vietnam y otras manifestaciones de una política exterior misionera, tema descrito con mayor detalle más adelante) (Kalberg, 1991, y Hofstadter, 1967). Mantener este delicado balance entre la revigo-

¹⁵ Esta tensión, central en la sociedad norteamericana, entre derechos individuales y conformismo es profunda y ampliamente influyente (Kalberg, 1997).

rización ético-política y las libertades personales reta continuamente a la cultura política norteamericana: más aún, su modo de solidaridad en cuanto a alcances sociales, difuso y fuertemente apoyado en valores, implicará siempre un comparativamente amplio desorden social. No obstante, toda disminución de la tensión subyacente a este balance sería, al final de cuentas, profundamente disruptiva, porque entonces se atacaría a una fuente fundacional de los característicos vigor, dinamismo y liberalidad (*openness*) norteamericanos. Justo son esta energía y pluralismo los que facilitan la innovación científica, cultural y económica, así como una crítica mesurada y periódica del *status quo* y, por lo tanto, la reforma gradual y la asimilación a Estados Unidos de diversas y numerosas minorías.

*EL CASO ALEMÁN: DEBILIDADES,
FORTALEZAS Y DILEMAS*

La singular visión del Estado y la ubicación de la acción ética en la cultura política de Alemania también implican fortalezas, debilidades y dilemas específicos. Debido al consenso difundido a lo largo del espectro político en apoyo del pacto por la responsabilidad y la justicia sociales, el Estado alemán posee legitimidad para combatir los problemas sociales del industrialismo avanzado en mucha mayor medida que el gobierno de Estados Unidos. De aquí que, significativamente distribuya riqueza e ingresos a través de los impuestos, introduzca medidas comprensivas para aliviar la pobreza y la indigencia, capacite a los trabajadores desempleados, apoye a la familia a través de pagos mensuales por niño, financie universidades gratuitas, costee generosamente a las artes y ofrezca, por lo general, toda una gama de espléndidos programas de titulación. Más aún, un halo de buena voluntad redundante directamente en el Estado alemán y los partidos políticos hasta el punto en que su manejo de la economía, el contrato social y las políticas de bienestar prueben tener éxito.

Sin embargo, la capacidad de la cultura política de la República Federal de Alemania para legitimar una movilización completa de la autoridad estatal contra los problemas sociales y para poner altas expectativas sobre el Estado y los principales partidos implica dos claros riesgos exclusivos de este modelo alemán de solidaridad social. El primero es que a través de sus servidores públicos el Estado puede,

en ocasiones, desplegar actitudes arrogantes que dan por supuesta la superioridad de sus juicios y que intimidan a los ciudadanos. El segundo es que cuando el desempeño del Estado y los partidos políticos llega a percibirse como inadecuado, una dinámica de crítica agresiva e incluso de cinismo en contra de ellos cristaliza rápidamente. Y esto puede conducir a una retirada de los ciudadanos.

Una vulnerabilidad en este aspecto se hizo visible especialmente en los años ochenta, aunque también desde finales de los noventa y hasta el presente. Las tasas de desempleo y los déficits presupuestales se incrementaron dramáticamente durante esos periodos y los gobiernos de Helmut Köhl y Gerhard Schröder redujeron varias prestaciones sociales. Un factor adicional exacerbó los consecuentes malestar y desencanto, o *Staatsverdrossenheit* y *Parteiverdrossenheit*, a saber, que la intención del Estado de enfrentar las múltiples dislocaciones motivadas por la urbanización y el capitalismo avanzado resultó en burocracias paquidérmicas (*mammooth bureaucracies*). Si bien con la capacidad para movilizar recursos contra las inequidades sociales, esas inmensas organizaciones se distanciaron y no se responsabilizaron más de las demandas ciudadanas —e incluso en ocasiones las intimidaban. Al tiempo que los problemas sociales y el desempleo se intensificaron, el Estado y los principales partidos se convirtieron en los blancos directos de una ciudadanía descontenta.

Justo en esta paradoja radica el dilema central de la configuración alemana, tanto como su singularidad. A pesar de la severa y periódica desilusión con los partidos políticos y el Estado, su posición central en la cultura política de la República Federal no puede ser cuestionada. Debido a su papel central en la revigorización de la actividad ético-política y en la provisión de la solidaridad social en general (por lo tanto, en confrontación con los cálculos ventajosos disruptivos en las esferas política y económica), los partidos fuertes y el Estado de bienestar avanzado se mantienen como indispensables.

Esta descripción, aunque breve, llama la atención sobre dos ejes esenciales: la visión del Estado y la ubicación de la acción ético-política. Asimismo, ha permitido identificar los principales rasgos de las culturas políticas de Alemania y Estados Unidos, por un lado, y demarcar por el otro sus respectivas fortalezas, debilidades y dilemas. Más aún, este enfoque ayuda a completar una de las tareas centrales de la presente investigación: definir con claridad, a través de un reconocimiento de los desarrollos históricos e idiosincrásicos y de

la atención a las comparaciones nacionales cruzadas, los principales modos en que divergen estas dos culturas políticas. En efecto, una serie de falsas percepciones y de malentendidos entre los alemanes y los estadounidenses se origina en esta heterogeneidad; por ello debe ser examinada brevemente antes de voltear explícitamente a la discusión acerca de las formas sobre cómo la cultura política ejerce un rol causal en la conformación estructurada y sobre bases regulares de los conflictos de política exterior germano-norteamericanos.

SOBRE LAS FALSAS PERCEPCIONES Y LOS MALENTENDIDOS REITERADOS, TANTO ALEMANES COMO NORTEAMERICANOS

El esfuerzo de este estudio por esclarecer perspectivas variables del Estado y la ubicación heterogénea de la actividad ético-política en Alemania y Estados Unidos ha facilitado la identificación de algunas maneras en las que tales culturas políticas son únicas. Un “Estado débil”, un individualismo autodependiente (*self-reliant individualism*), una difusa ubicación de la acción ético-política por toda la sociedad en una multitud de asociaciones cívicas y una tendencia institucionalizada a impulsar campañas de purificación moral —en efecto, de esas que pueden difundir la intolerancia e inclusive amenazar las libertades individuales—, definen a la constelación norteamericana. Un modo singular de solidaridad social, caracterizado por la penetración de valores cívicos a la manera de ideales en una enorme variedad de asociaciones, es lo que distingue a esta cultura política.

La cultura política de la República Federal Alemana difiere significativamente. Al dotar al Estado con una legitimidad para abarcar ámbitos más amplios que en Estados Unidos determina una capacidad para emprender confrontaciones de largo alcance con los problemas sociales idiosincrásicos del capitalismo, el secularismo y la urbanización. Atar la acción ético-política más estrechamente al Estado y a los partidos políticos estimula más claramente la solidaridad social. Sin embargo, estos rasgos de la cultura política alemana establecen, incluso hasta el día de hoy, una tendencia residual hacia la desilusión política recurrente, misma que pudiera conducir ocasionalmente a la retirada de la ciudadanía de la participación política. La constelación norteamericana, debido por una parte a la duradera viabilidad de la ética pública y de unos ideales cívicos tan sólo lige-

ramente asociados con el Estado y, por otra, a una ampliamente desarrollada tradición de autodependencia, vacuna a los ciudadanos contra la desilusión de grandes magnitudes en relación con las actividades políticas, al tiempo que minimiza la capacidad del Estado para intimidar a los ciudadanos. No obstante, la misma dinámica limita la legitimidad del Estado para enfrentar los problemas sociales.

Aunque la continua “norteamericanización” de la cultura política alemana parece disminuir gradualmente algunas de estas diferencias,¹⁶ permanece aún una importante variación de estos ejes. Algunos ámbitos de diferencia sustantiva configuran un fuerte potencial para los reiterados malentendidos transatlánticos. Los intereses heterogéneos —geopolíticos, domésticos y económicos— activan periódicamente este potencial, ciertamente hasta el grado de que conflictos normales entre aliados puedan transformarse en tensiones severas y duraderas. Aquí se anotarán tan sólo algunas pocas ilustraciones.

Las frecuentes fallas de alemanes y estadounidenses para reconocer nítidamente sus acuerdos sobre el Estado y la autodependencia conducen a falsas representaciones descontextualizadas. Un ejemplo es la permanente visión en la República Federal de que el Estado de bienestar norteamericano puede entenderse sencillamente como una versión subdesarrollada del Estado de bienestar europeo (más

¹⁶ En épocas alemanas más tempranas, la dinámica de las altas expectativas puestas en el Estado y la subsecuente nula efectividad percibida llevaron a una habitual retirada a la vida privada, por un lado, y a los movimientos extremistas de la derecha y la izquierda, por el otro (Stern, 1964; Mannheim, 1984; Meyer, 1920; Mommsen, 1974; Mosse, 1964; Hamerow, 1958, y Kalberg, 1987a). Empero, los altos niveles de activismo ciudadano erigieron en general, hacia los setenta y los ochenta, obstáculos efectivos contra esas corrientes de descontento. Tanto los científicos sociales alemanes como los norteamericanos están de acuerdo en que la República Federal ha creado, particularmente en los últimos treinta años, esas múltiples asociaciones intermedias políticamente orientadas (opuestas a los grupos con escasa orientación política directa, tales como los clubes de excursionismo, canto, ajedrez, etc., que han existido durante siglos en suelo alemán), situadas entre el Estado y el individuo solitario, que Tocqueville veía como indispensables para una democracia estable. La vieja “ciudadanía pasiva”, junto con la definición tradicional de la actividad política como exclusivamente enfocada hacia el Estado y los partidos políticos, han desaparecido extensamente de Alemania (Kaase, 1996; Conradt, 1980, y Berg-Schlosser y Schissler, 1987). Ha ocurrido una metamorfosis en la cultura política alemana. Este desarrollo hace menos severa cualquier tendencia hacia la desilusión indignada y la retirada ciudadana. Dondequiera que los partidos políticos establecidos, las burocracias federales o las élites dirigentes sean percibidos ahora como negligentes e irresponsables, la participación ciudadana se *canaliza* más intensamente hacia las asociaciones políticas locales y regionales, en lugar de inmovilizarse o acercarse a los extremos izquierdistas o derechistas. Si bien a causa sobre todo de los cambios económicos y estructurales de los últimos cuarenta años, más que por influencias religiosas de largo plazo, como en Estados Unidos, lo cierto es que las tasas de participación ciudadana en organizaciones regionales y locales de ambas naciones convergen crecientemente.

que como un arreglo anclado profundamente en una cultura política que impide e inclusive es hostil al desarrollo del modelo europeo).¹⁷ De igual manera, la imagen norteamericana del Estado de bienestar alemán refleja constelaciones idiosincrásicas de fuerzas culturales e históricas: el Estado paquidérmico de la República Federal debe representar una amenaza para las libertades personales. Mientras que los estadounidenses perciben a este “Estado fuerte” como innecesario y peligroso, los alemanes creen que aquéllos exageran ingenuamente en la autodependencia de los individuos y subestiman la capacidad del capitalismo para generar caos social. Esta visión, sin embargo, olvida la tradición religiosa estadounidense que pone a la autodependencia dominadora del mundo (*world mastery*) en un pedestal y minimiza las hostilidades hacia el capitalismo.¹⁸

La ambivalencia alemana hacia la cultura política norteamericana se acentúa por la duradera creencia común, fundada en una conciencia generalizada del carácter subdesarrollado del modelo de mercado que construye la comunidad (*community-building market model*) y el Estado de bienestar social, de que la sociedad estadounidense puede ser descrita precisamente como una “sociedad de masas” de individuos que se han hecho a sí mismos (*self-made individuals*), atomizados, desconectados entre sí y carentes de cualquier lazo social sustantivo.¹⁹ Sin embargo, esta conclusión deriva de la imposición

¹⁷ Esta visión parece prevalecer entre la izquierda como una particular explicación extracultural de la naturaleza constreñida del Estado de bienestar norteamericano: los derechos adquiridos de una élite inmensamente rica y poderosa.

¹⁸ Parecería que la noción de autodependencia puede adquirir, al interior de una cultura política, un grado de legitimación sólo donde los legados feudales o no existieron (como en Estados Unidos) o han sido completamente erradicados. Sin embargo, éste sería tan sólo un prerequisite “negativo”. Otro factor “positivo” debe también hacerse presente y adquirir un peso sociológico significativo. De particular importancia (sea que el protestantismo ascético o cualquier otra fuerza cumpla este rol) es la capacidad para combatir jerarquías basadas en la convención, estáticas y cerradas y, por lo tanto, confinantes, y para introducir un igualitarismo y un dinamismo sociales. Sin tal contexto legitimador, la autodependencia sería vista como nada realista y todos los llamados a su desarrollo (*cultivation*) caerían en oídos sordos. Que esa autodependencia sea vista como algo más y más viable por la generación más joven en Alemania es, en sí mismo, un testimonio del crecimiento del igualitarismo social.

¹⁹ Es notable que esta visión sobre Estados Unidos continúe existiendo. Casi cien años atrás, Max Weber argüía contra este prejuicio tan extendido en Alemania. Weber enfatizaba que la democracia norteamericana, debido a su amplia proclividad para propiciar asociaciones cívicas de todas clases, no podía ser contemplada como una “pila de arena” (*Sandhaufen*) de individuos atomizados e inconexos: “En el pasado y hasta el mero presente, ha sido una característica de la *democracia* específicamente norteamericana *no* constituir un informe montón arenoso de individuos, sino más bien un bullicioso complejo de estrictamente exclusivas, pero voluntarias *asociaciones*” (Weber, 2002b: 135, subrayado en el original;

de una comprensión alemana de la ubicación de la acción ético-política –como algo que es más activo en referencia al Estado y los partidos políticos– y de una falla en la manera de entender el peculiar modo de solidaridad norteamericano: que la acción ético-política se localiza en una difusa pero integradora esfera pública, densamente poblada por asociaciones cívicas. Las muchas formas en que este modo de integración social ha matizado (*tempered*) la autodependencia norteamericana, el “individualismo heroico” y el egocentrismo apenas pueden ser identificadas y reconocidas por las percepciones alemanas de Estados Unidos, las cuales se basan en un modelo diferente de solidaridad social.²⁰ Ciertamente, la centralidad de la esfera

véanse también: 132-137). Además, “quienquiera que vea a la ‘democracia’ como una masa de seres humanos reducidos a átomos, como nuestros pensadores románticos gustan hacerlo, está fundamentalmente equivocado –por lo menos en lo que se refiere a la democracia norteamericana” (1985, traducción revisada; véanse: 7-11 y 1968: 1206-1208).

²⁰ Weber veía el individualismo norteamericano como fundamentalmente localizado en grupos –o en cualquier caso, como no desmembrado (*eviscerated*) por grupos. Él cuestionaba la asunción, implícita entre los alemanes, de que en Estados Unidos los individuos perdieron su capacidad, una vez situados en grupos, de tomar decisiones con referencia hacia objetivos definidos por ellos mismos; en lugar de ello, llamaba la atención sobre la capacidad norteamericana para “sostenerse uno mismo” (*hold his own*), inclusive *dentro* de los grupos. Al formular esta visión, Weber apelaba de nuevo al legado del protestantismo ascético (1985: 11-12). Por otro lado, endeudado con el romanticismo alemán, el individualismo de Alemania encuentra sus raíces en relaciones completamente privatizadas (la familia y la *Freundschaft*). Así, en las agrupaciones de la esfera pública, aduce Weber, el individualismo alemán tiende a desorientarse (*to lose its bearings*), debilitarse y hasta disolverse debido a una consecuente predilección por atribuir un aura sacrosanta a los grupos. Esta proclividad derivó tanto del romanticismo alemán como del luteranismo. Los alemanes han tendido, Weber sostenía todavía, a imponer su propia comprensión del individualismo a la sociedad norteamericana –y de allí que mal entiendan en lo fundamental uno de sus rasgos centrales. Por ejemplo: “[En Estados Unidos] las *organizaciones sociales* no descansan sobre necesidades ‘sentimentales’, ni buscan satisfacer ‘valores sentimentales’. Más bien cada persona, aun cuando se hace parte de un grupo, busca ‘sostenerse a sí misma’ (*hold his own*) y de ahí que falte la cualidad que los alemanes creen que es indispensable para cultivar un sentido de la comunidad, a saber, la nada complicada y llevadera (*easy-going*) forma de congeniar típica de los campesinos. Ya sea que se manifieste en un equipo de fútbol o en un partido político, el tranquilo (*cool*) y claridoso (*matter-of-fact*) carácter de la socialización grupal [norteamericana] ayuda al ordenamiento exacto del individuo en la actividad intencional del grupo. Sin embargo, esta participación de ninguna manera significa un aminoramiento (*down playing*) de la necesidad individual de estar continuamente atento a los mecanismos para sostenerse a uno mismo. Por el contrario, la tarea de ‘probarse’ a uno mismo dentro del grupo se les hace inicial y claramente aparente a las personas justo cuando ellas están *dentro* de los grupos y en círculos de amigos. Por esta razón, las organizaciones sociales a las que pertenecen nunca se convierten para ellas en algo ‘orgánico’, a saber, una mística y esencial totalidad que se cierne (*hovers*) sobre el individuo y abarque su entero ser (como en Alemania). En lugar de ello los agrupamientos, que son mucho más el caso, continuamente mantienen –y de un modo por completo consciente en cada participante– mecanismos para los fines particulares, materiales o ideales, de sus miembros” (1985: 11, traducción modificada; véase Mommsen, 1974: 81-84).

pública en Estados Unidos, tanto como algunos aspectos de la herencia del protestantismo ascético, han introducido intensas presiones de conformismo social (Weber, 2002b: 141-147, y 1985: 7-9).²¹

Visiones únicas del Estado y definiciones sobre la acción ético-política han conducido a malentendidos adicionales. La apelación habitual a los valores e ideales cívicos por parte de los norteamericanos, en orden a legitimar la actividad política, es comprendida ampliamente en Alemania como no sincera (*disingenuous*), e incluso hipócrita, porque se asume que sus motivos son de hecho —en una economía capitalista de *laissez-faire* y no regulada, que carece del *ethos* de un mercado constructor de comunidad o de un Estado de bienestar— económicos y políticos. No obstante, esta explicación refleja, en parte, un subdesarrollo de los ideales cívicos basados en las asociaciones dentro la cultura política alemana, todos los cuales, cuando son fuertes, erigen una barrera contra los modos de explicación que se centran exclusivamente en los intereses políticos y económicos. Y a la inversa, la tendencia alemana a entender los intereses económicos y políticos como bases legitimadoras relevantes del comportamiento apartidista en la esfera pública es vista en Estados Unidos —porque tales intereses carecen manifiestamente de ideales cívicos— como calculadora y cínica y como una evidencia de la ausencia de una verdadera solidaridad social en la sociedad alemana. Esta conclusión, sin embargo, revela la nula disposición de los norteamericanos para reconocer —o su inhabilidad para percibir a la luz de su propio punto de partida— los modos en que la acción ético-política y la solidaridad social en general son cultivadas en Alemania por la economía de un mercado constructor de comunidad y por las múltiples y variadas regulaciones legales del Estado de bienestar social.

Una transferencia de asunciones ampliamente sostenidas en las respectivas culturas políticas internas, a través de las fronteras nacionales, es visible de diversas maneras. Mientras los norteamericanos entienden los escándalos de Watergate y Monica Lewinsky

²¹ Tocqueville vio solamente lo último y habló por ello de un grave peligro de “tiranía de la mayoría” para la democracia en Estados Unidos. El menosprecio de la *tensión* entre el individualismo y la conformidad en la sociedad norteamericana constituye una debilidad central en el estudio de Tocqueville. Aunque fuertemente consciente del conformismo en Estados Unidos, Weber apreció claramente aquella tensión. Para él, el protestantismo ascético dejó legados tanto de un fuerte individualismo como de conformismo (Kalberg, 1997 y 2001a: 310-314).

como severas e intolerables rupturas de la confianza pública, los alemanes (cuando no están completamente confundidos) explican estos escándalos sobre todo con referencia a los intereses políticos de los partidos de oposición y critican de ingenua la explicación norteamericana. La prensa alemana, sabedora del más reducido papel que juegan los partidos políticos en Estados Unidos, regularmente analiza las elecciones tomando en cuenta exclusivamente los intereses económicos de los votantes o los cálculos estratégicos de los candidatos —e ignora el papel jugado por los ideales cívicos. Por otra parte, la prensa norteamericana muestra, por lo general, escasa comprensión sobre el vasto y más importante rol desempeñado en las elecciones alemanas por los partidos políticos y sobre la valencia positiva de un Estado de bienestar fuerte.

Lejos de ser arbitrarios, estos malentendidos, falsas concepciones y antagonismos reiterados ilustran la heterogeneidad característica de las culturas políticas alemana y norteamericana. Dado que ambas están profundamente ancladas en la historia, la tradición y los valores han amplificado sus consecuencias e, incluso, penetrado el ámbito de la política exterior. Como ahora se ha podido mostrar, los malentendidos y desacuerdos internacionales no surgen sólo de las fluctuantes fuerzas geopolíticas, las consideraciones políticas internas y los intereses económicos, sino también de las falsas percepciones cimentadas en las culturas políticas. Exactamente de qué modos la cultura política juega un rol causal en los conflictos entre Alemania y Estados Unidos, en verdad intensificando y en ocasiones incluso estructurando tensiones que de otro modo serían azarosamente fluctuantes, capturaré nuestra atención en la siguiente sección.

CONFLICTOS DE POLÍTICA EXTERIOR: EL PAPEL DE LA CULTURA POLÍTICA

“Si tiene que hacerse, entonces puede hacerse”.

Máxima que se lee en la capilla de un colegio universitario protestante en Nueva Inglaterra.

La imposición de presuposiciones idiosincrásicas conduce, frecuentemente, a malentendidos entre alemanes y estadounidenses en la arena política. A pesar de una innegable estrecha alianza y de los repetidos

pronunciamientos en el sentido de una “amistad germano-norteamericana” y acerca de “la estabilidad de la alianza atlántica”, las diferencias han sido regularmente ostensibles en las tres últimas décadas. No obstante, la heterogeneidad político-cultural ha sido raramente reconocida como una de las causas de estos desacuerdos.²²

El modo norteamericano de solidaridad, en deuda con los duros legados del protestantismo ascético, que ubica difusamente la acción ético-política en innumerables asociaciones cívicas, ha dado lugar a campañas morales idealistas. Frecuente, e incluso rutinariamente comprometidos, los ideales de estos movimientos sociales se entretrejieron, por hallarse profundamente anclados en la médula de la sociedad norteamericana, de un modo inextricable con las políticas domésticas y, en ocasiones, también con las políticas exteriores (asimismo, frecuente e incluso rutinariamente comprometidas). Todavía en Alemania una desconfianza y un escepticismo generalizados, arraigados en una cultura política que vincula estrechamente la acción ético-política con el Estado y sus diversas funciones de bienestar social, suelen dar la bienvenida a los movimientos de purificación moral. Una profunda sospecha hacia todos los pronunciamientos idealistas (enraizada en sucesos tan distantes como la fallida Revolución de 1848 o la manipulación bismarckiana del Reichstag, la inestabilidad de la República de Weimar o el autoritarismo del nacional socialismo) predispone a los alemanes a desestimar aquella actividad de Estados Unidos por no sincera e hipócrita y por estar diseñada exclusivamente para manipular al público político doméstico. Incluso después de la decisión del Bundestag para enviar tropas a Kosovo, la cultura política alemana continuó rechazando todo elemento de idealismo misionero.²³ Por otro lado, la orientación pre-

²² Véase mi estudio sobre las fluctuantes percepciones sobre la Unión Soviética en Estados Unidos y en la República Federal de Alemania (1997).

²³ El idealismo misionero (*missionary idealism*) se encuentra fuertemente interconectado con el tema de la “identidad nacional”. Una precondition de las campañas morales emprendidas *vis-à-vis* otras naciones es cierto sentido de nacionalidad (*sense of nationhood*) “inquebrantable”, incuestionado y cargado de confianza en sí mismo (*self-confident*). El orgullo por los propios ideales asedia la disposición de una nación por afirmar, sin dudarlo, la validez de sus valores y costumbres para que sean aplicados en otras naciones. Ese fuerte patriotismo, a pesar de la agitación en la era de Vietnam y la derrota en esa guerra, caracteriza a Estados Unidos hasta la actualidad. Los “Catorce Puntos” de Woodrow Wilson y las campañas de derechos humanos de Jimmy Carter ejemplifican esta voluntad de proclamar universalmente los ideales de Estados Unidos e, incluso, de definirlos como un ingrediente de la política exterior norteamericana. Como se ha discutido en un conjunto ilimitado de textos, Alemania se sitúa en el otro

dominante de política exterior en Alemania hacia los intereses nacionales, internacionales y económicos²⁴ es generalmente percibida en Estados Unidos como carente de una dimensión ética y, por lo tanto, como una manifestación ilegítima de una vieja y ahora desacreditada tradición: la de la *real politik*.

El afincamiento en Estados Unidos de los ideales cívicos en multitud de asociaciones y la proclividad hacia las campañas de purificación moral tienden a limitar una amplia proliferación de paradigmas que busquen explicar los comportamientos económico y político exclusivamente con referencia a los intereses económicos y políticos. La diferente ubicación de la acción ético-política en la República Federal de Alemania —en un Estado de bienestar social comprensivo y con partidos cohesionados— ha fallado en eso mismo en idéntico grado.²⁵ De ahí que el modo alemán de solidaridad social raramente vacune con eficacia a los ciudadanos contra las explicaciones ancladas en intereses políticos y económicos, como lo son la “lucha por la hegemonía mundial” o “la búsqueda de petróleo”. Aquí el contraste se hace más vívido.

La significativa presencia del idealismo misionero y de los componentes de purificación moral en la cultura política de Estados Unidos, así como su ausencia en Alemania, debieran ser vistas como una causa crucial de las tensiones que regularmente han ocurrido entre estas naciones. Muy notablemente, la convicción del protestante

extremo del espectro (Martin y Sylvia Greiffenhagen, 1979; Habermas, 1985; Wilms, 1982, y Pross, 1982). Una identidad nacional “rota” (*broken*) arroja, en el momento presente, un velo de duda sobre uno mismo en torno a la mera idea de imponer valores alemanes en el exterior. Este tema —el de si una nación posee una identidad intacta y “normal” y, si así fuera, la forma de impulsar campañas de purificación orientadas hacia el exterior— tendría que ser explorado para expandir el argumento ofrecido aquí (Kalberg, 1991: 37-39).

²⁴ El *genscherismo* representa el ejemplo más puro en la República Federal Alemana.

²⁵ En mi opinión, este es el contexto en el que debe ubicarse la observación de Max Weber escrita a un distinguido teólogo, Adolf von Harnack, en una carta de 1906. Weber aduce allí que el luteranismo tuvo un efecto altamente negativo sobre la cultura política alemana: “No negaré que el *luteranismo* es para mí —inclusive a la luz de la estatura de Lutero, tan por encima de todos los demás—, y en las formas en que ha aparecido en la historia, el más malvado de los malvados. Es, incluso en esa forma ideal en que se presenta a sí mismo —en cuanto a sus esperanzas de futuro—, una entidad, *para nosotros los alemanes*, sobre la cual no estoy completamente seguro —en lo que se refiere a su fuerza— de que inspire una fe religiosa lo suficientemente intensa como para penetrar todo el ser del creyente (como si lo hace el protestantismo ascético). El hecho de que nuestra nación nunca haya experimentado la escuela del ascetismo duro en *ninguna* de sus formas es [...] la fuente de todo lo que yo encuentro en ella (así como en mí mismo) digno de odiar” (citado en Mommsen, 1974: 83-84). Traducido al inglés por Kalberg: nota del traductor.

ascético –por el lado de que la construcción del reino de Dios en la Tierra debe erradicar el mal del mundo en lugar de tolerarlo (Kalberg, 1991: 40, y 2002: xxxi-xliii)– parece haber sobrevivido a las transformaciones estructurales generalizadas de los últimos doscientos años, aunque ahora éstas se manifiesten de formas secularizadas y debilitadas, y se ubica en sus modos más vigorosos, principalmente en los círculos conservadores. En particular, dicha convicción retiene la capacidad para imbuir a las personas con una postura energizante y optimista de que “se puede” combatir el mal.²⁶ Aunque lejos de ser dominante en la compleja configuración de los motivos detrás de la política exterior norteamericana, el idealismo misionero no debe ser excluido de una investigación que busque develar las principales influencias en la formación de esa política.

El análisis esbozado aquí, afincado en un firme reconocimiento del impacto de la singular cultura política de una nación sobre las percepciones internacionales y sus políticas exteriores, ofrece una explicación sobre la incredulidad que se presenta al interior de Alemania cuando ésta se topa con los pronunciamientos de los funcionarios estadounidenses, en el sentido de que “el petróleo no es la cuestión”. Ciertamente, hay coyunturas en que el idealismo misionero norteamericano puede penetrar los conflictos internacionales; ocasiones hasta ese momento ampliamente arraigadas en intereses geopolíticos, domésticos y económicos, de tal manera que las hostilidades se hacen significativamente intensas y reiteradas en el proceso –aunque sea sólo porque el elemento de la purificación moral frecuentemente se agranda una vez que es percibido y asume su tono normal internacional, es decir, como arrogancia y presunta superioridad moral (*self-righteousness*). Ello puede ocurrir incluso al extremo de que las subsecuentes disputas se estructuren sobre vías “morales”. Cuando los conflictos se exacerbaban de esta manera llegan a asumir un tenor autopetrador y estructurado de indignación y recriminación morales.

La consecuencia de este círculo vicioso es clara: en asuntos internacionales los alemanes y los norteamericanos frecuentemente se hablan entre ellos cuando ya se fue el otro, cada uno incapaz, en medio de una escalada de niveles decibélicos, de comprender los

²⁶ Ese mal del “imperio del mal” del que hablaba Ronald Reagan o, más recientemente, el del “eje del mal”.

argumentos ajenos. Las falsas percepciones derivadas de diferentes culturas políticas se infiltran en los argumentos, basados en intereses a veces a tal grado que amplía su rango una degeneración del discurso hasta el plano de los motivos. El declarado objetivo norteamericano –“establecer la democracia en Irak” y “liberar al pueblo iraquí”– se recibe casi universalmente en Alemania con sospechas y con una búsqueda de los “verdaderos motivos”. Los viejos y cansados estereotipos emergen rápidamente: con sus “nobles ideales”, los estadounidenses son infantiles, inocentes, ingenuos e hipócritas; los alemanes, por su parte, son cínicos y gastados “viejos europeos” que han perdido sus energías e ideales.

Los rasgos centrales de las culturas políticas norteamericana y alemana, demarcados en este estudio, implican que el inventario familiar de fuerzas explicativas –la dinámica geopolítica, las consideraciones políticas internas y los intereses económicos– procuren una necesaria, aunque no suficiente, enumeración de los principales factores causales detrás de los habituales conflictos de política exterior entre estas naciones. Mientras estos antagonismos entre aliados perduren, enseña esta investigación, los análisis que se refieren tan sólo a intereses hostiles exagerarán el impacto causal de aquéllos y omitirán demasiado en sus contenidos.

Hay que darle su sitio a las configuraciones contextuales y de trasfondo, referidas aquí como culturas políticas. Este concepto, que abarca también fuerzas de largo plazo, devela aspectos subyacentes en el panorama de una nación. Los conflictos habituales y duraderos entre aliados ocurren cuando: 1) los intereses, ya sea geopolíticos, de política doméstica o económicos se colocan en una relación de antagonismo y, entonces, 2) interactúan con y arrojan manifiestos rasgos centrales de las heterogéneas culturas políticas que, por lo tanto, 3) inyectan una intensidad hasta entonces ausente a los enfrentamientos adicionales de intereses. Este conflicto asume con una probabilidad cada vez más grande, debido al profundo enraizamiento de la cultura política de cada nación en su desarrollo histórico idiosincrásico y sus configuraciones únicas, una forma estructurada y autorreproductiva que afinca los enfrentamientos en la red y el flujo de los intereses, los cuales fluctúan asistemáticamente en ciclos de mayor o menor severidad; desencuentros que despiertan a los elementos centrales de la cultura política de una nación, constituida con valores idiosincrásicos, tradiciones y una noción de identidad que

con frecuencia se hace poco a poco más intensa, estructurada y autónoma. De aquí que en esos casos donde las culturas políticas de los aliados tienden sustantivamente a divergir, como la alemana y la norteamericana, deba sostenerse una vigilancia particular para asegurar que los conflictos basados en intereses no evolucionen en hostilidades políticas fundadas en la cultura.

Este estudio de caso ha buscado demostrar que las variables de la cultura política deben reconocerse en las investigaciones que se realizan sobre los conflictos recurrentes entre aliados. En cierto plano, esta situación clama por una reincorporación de la historia y la cultura en los análisis de los conflictos internacionales. En un segundo plano concluye que la significativa heterogeneidad de las culturas políticas de Alemania y Estados Unidos hace imposible, debido a su profundo arraigo en sus respectivas historias, una muerte gradual de las diferencias sustantivas entre ambos países –incluso con la creciente “norteamericanización” de Alemania– y predice la probabilidad de conflictos periódicos en el futuro.



BIBLIOGRAFÍA

- Berg-Schlosser, Dirk y Jakob Schissler, editores
 1987 *Politische Kulture in Deutschland*, Opläden.
- Conradt, David P.
 1980 “Changing German Political Culture”, en Gabriel A. Almond y Sydney Verba (eds.), *The Civic Culture Revisited*, Boston, pp. 212-272.
- Etzioni, Amitai
 1997 *The New Golden Rule*, Nueva York.
- Etzioni, Amitai, editor
 1998 *The Essential Communitarian Reader*, Nueva York.
- Greiffenhagen, Martin y Sylvia
 1979 *Ein schwieriges Vaterland*, Munich.
- Habermas, Jürgen
 1985 *Die neue Unübersichtlichkeit*, Frankfurt.
- Hall, John A. y Charles Lindholm
 1999 *Is America Breaking Apart?*, Princeton.
- Hamerow, Terrance
 1958 *Restoration, Revolution, Reaction*, Princeton.
- Hofstadter, Richard
 1967 *The Paranoid Style in American Politics and Other Essays*, Nueva York.
- Kaase, Max
 1996 *Politisches System*, Öpladen.
- Kalberg, Stephen
 2005 “¿Es el mundo moderno una monolítica jaula de hierro? Aprovechando a Max Weber para caracterizar la actual dinámica interna de la cultura política norteamericana”, *Sociológica*, núm. 59, septiembre-diciembre, pp. 173-195.
 2004 “De Tocqueville a Weber. Sobre los orígenes sociológicos de la ciudadanía en la cultura política de la democracia estadounidense”, *Sociológica*, núm. 56, septiembre-diciembre, pp. 227-263.
 2002 “Introduction”, en *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, pp. xi-xxvi.
 2001a “The Modern World as a Monolithic Iron Cage? Utilizing Max Weber to Define Internal Dynamics of American Political Culture”, *Max Weber Studies*, núm. 1, pp. 178-194.

- 2001b “Should the ‘Dynamic Autonomy’ of Ideas Matter to Sociologists? Max Weber on the Origin of Other Worldly Salvation Religions and the Constitution of Groups in American Society Today”, *Journal of Classical Sociology*, núm. 1, pp. 291-328.
- 1997 “Tocqueville and Weber on the Sociological Origins of Citizenship: The Political Culture of American Democracy”, *Citizenship Studies*, núm. 1, pp. 199-222.
- 1993 “Cultural Foundations of Modern Citizenship”, en Bryan S. Turner (ed.), *Citizenship and Social Theory*, Londres, pp. 91-114.
- 1992 “Culture and the Locus of Work in Contemporary Western Germany; A Weberian Configurational Analysis”, en Richard Münch y Neil J. Smelser (eds.), *Theory of Culture*, Berkeley, pp. 324-355.
- 1991 “The Hidden Link between Internal Political Culture and Cross-national Perceptions: Divergent Images of the Soviet Union in the United States and the Federal Republic of Germany”, *Theory, Culture and Society*, núm. 8, pp. 31-56.
- 1987a “The Origin and Expansion of *Kulturpessimismus*. The Relationship between Public and Private Spheres in Early Twentieth Century Germany”, *Sociological Theory*, núm. 5, pp. 150-164.
- 1987b “West German and American Interaction Forms”, *Theory, Culture and Society*, núm. 4, pp. 603-618.
- Lipset, Seymour Menton
1963 *Political Man*, Nueva York.
- Mannheim, Karl
1984 *Konservatismus: Ein Beitrag zur Soziologie des Wissens*, David Ketler, Volger Meja y Nico Stehr, editores, Frankfurt.
- Meyer, Ernst
1920 *Rede zur Gedächtnisfeier des Stifters der Berliner Universität Koenig Friedrich Wilhelm III*, Berlin.
- Mommsen, Wolfgang
1974 “Die Vereinigten Staaten von Amerika”, en *Max Weber: Gesellschaft, Politik und Geschichte*, Frankfurt, pp. 72-96.
- Mosse, George
1964 *The Crisis of German Ideology*, Nueva York.

Pross, Helga

1982 *Was ist heute Deutsche? Wertorientierung in der Bundesrepublik*, Hamburgo.

Putnam, Robert D.

2000 *Bowling Alone*, Nueva York.

Selznick, Phillip

1992 *The Moral Commonwealth*, Berkeley.

Stern, Fritz

1964 *The Politics of Cultural Despair*, Nueva York.

Tocqueville, Alexis

1945 *Democracy in America*, Nueva York.

Weber, Max

2002a *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* (traducido al inglés por Stephen Kalberg), Los Ángeles.

2002b "The Protestant Sects and the Spirit of Capitalism" (traducido al inglés por H. H. Gerth), en *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism*, Los Ángeles, pp. 127-148.

1985 "'Churches' and 'Sects' in North America. An Ecclesiastical Socio-political Sketch" (traducido al inglés por Colin Loader), *Sociological Theory*, núm. 3, pp. 7-13.

1968 *Economy and Society*, Guenther Roth and Claus Wittich, editores, Nueva York.

1946a "Religious Rejections of the World", en H. H. Gerth y C. Wright Mills, *From Max Weber*, editores y traductores, Nueva York, pp. 323-359.

1946b "The Social Psychology of the World Religions", en H. H. Gerth y C. Wright Mills, *From Max Weber*, editores y traductores, Nueva York, pp. 267-301.

Wilms, Bernhard

1982 *Die deutsche Nation*, Colonia.